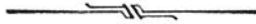


El espíritu de San Sebastián



En la velada del Consistorio de los Juegos Florales, fué leído este estudio acerca del espíritu de San Sebastián, debido á la pluma de don Carmelo de Echegaray. (1)

«La fiesta que hoy nos congrega en este recinto, y que no obstante su modesta apariencia, encierra una importancia extraordinaria, nace de dos grandes amores: el amor al arte, y el amor á la tierra bendita en que abrimos los ojos á la luz.

Pocas fiestas puede haber más simpáticas, pocas fiestas más nobles. Parece que nos invita á reflexionar lo que fuimos, lo que somos, lo que debernos ser, y á procurar de día en día nuestro mejoramiento, ya que el anhelo de perfección es uno de los más nobles, de los más excel-sos atributos del alma humana.

Cuando contraje el compromiso de dirigiros la palabra en esta solemne distribución de premios concedidos en los concursos literario y musical abiertos por el Consistorio de Juegos Florales Euskaros de esta ciudad, volvi la vista atrás, y paré mi atención en el desenvolvimiento de San Sebastián á través de los siglos, y noté que su crecimiento y desarrollo se ha debido principalmente á la fecunda y nunca extinguida actividad mercantil de sus hijos, que en persecución de la ballena acudieron hasta los hielos árticos, y en persecución del bacalao hasta los

(1) Los demás discursos tendremos el honor de publicarlos en los números sucesivos.

bancos de Terranova; que en plena Edad Media establecieron lonjas en la Rochela y en Brujas, y rivalizaron con el comercio inglés en los mares del Norte; que mantuvieron pujante la construcción de bajeles en sus florecientes astilleros y no contentos con explorar la dilatada extensión del Océano, atravesaron el Mediterráneo azul y luminoso, y penetraron hasta los últimos senos del Mar Negro: que se distinguieron á par de los primeros en la colonización del Nuevo Mundo, y fundaron y sostuvieron en el siglo XVIII la memorable Compañía de Caracas, que no sólo arrebató á los holandeses el monopolio que venían ejerciendo en el comercio de cacao, sino que acrecentó y arraigó la provechosa influencia del elemento vasco en la historia de Venezuela.

¿A qué continuar esta enumeración, que podría prolongarse casi indefinidamente, para demostrar esa tendencia mercantil de los hijos de San Sebastián, si hasta sucesos políticos de la primera mitad del siglo XIX que tuvieron excepcional importancia en la historia del país vascongado, y sobre los cuales aún se discute con el apasionamiento y el ardor que suscitan las cuestiones que tienen interés de actualidad palpitante, reconocieron como causa primordial el empeño que mostró el comercio donostiarra porque se modificaran ciertas tradiciones económicas que le eran, en su sentir, desfavorables?

No parece sino que á través de las edades perduraba el espíritu que presidió á la redacción del Fuero de repoblación concedido á San Sebastián por el Rey don Sancho el Sabio de Navarra, en los ya remotos días del siglo XII y cuyas principales cláusulas se enderezaban á fomentar el comercio marítimo, y á estimular por medio de oportunos y notables privilegios, la propensión mercantil de los donostiarras.

Dedúcese de todo ello que si San Sebastián ha de mantenerse fiel al rumbo que le traza la historia, y á lo que le exigen sus propias tradiciones, ha de ser una población preponderantemente comercial y activa. Pero ¿no ha de ser otra cosa más que ésto? ¿No ha de levantar su mirada á otras esferas más altas en que brilla, con resplandor sereno, la luz del ideal? Uno de los más altos y profundos pensadores que honran á España, el doctor Torres y Bagés, dignísimo obispo de Vich, ha dicho, en un libro sólido y memorable, que «el regionalismo utilitario esto es, el que se preocupa solamente de los intereses económicos y políticos llevaría al salvajismo.»

Los pueblos ricos sienten la necesidad imperiosa, irresistible, de ser algo más, y en los días de su mayor bienandanza y prosperidad mate-

rial, sueñan con la adquisición de grandezas de un orden más elevado. No hay más que recordar el amor y entusiasmo con que fomentaron el arte, en sus más nobles manifestaciones, los mercaderes florentinos y venecianos del Renacimiento; y la generosa y estupenda cruzada pre-rafaelista que en nuestros propios días y en la positiva y utilitaria Inglaterra promovió el espíritu original y expansivo de Juan Ruskin que se pasó la vida enamorado de la Belleza, y cantando, con exaltación de iluminado, sus misteriosas excelencias. Por más que los ingleses sean terrestres y de la tierra como afirmó Emerson, no se contentan con asentar sus pies en ella, sino que, seducidos por las irradiaciones de cosas más altas, reciben con veneración las nobles efusiones de poetas como el malogrado Juan Keats, á cuyos ojos la belleza es verdad, la verdad belleza, esto es todo lo que conocemos en este bajo mundo, y todo lo que necesitamos conocer.

No será todo, como advierte muy bien uno de los críticos más sagaces y exquisitos que ha producido el siglo XIX, Mateo Arnold; pero no por eso deja de encerrar profunda verdad lo que dice el excelso poeta, no sólo en este caso, sino también cuando declara, en un verso celeberrimo, que estas cosas de la Hermosura ideal, que tan suave y serenamente penetran en el Animo, constituyen una alegría sana y perdurable.

Para recrearnos con estas bellezas más ó menos perfectas, según las aptitudes más ó menos salientes de los encargados de interpretarlas, se han dispuesto las fiestas que vienen celebrándose en San Sebastián, y que están vivificadas por el aliento de la tradición y por el espíritu inmortal de la raza que se muestra, no sólo en estos torneos de inteligencia en que se evoca la memoria de los que consagraron su vida al enaltecimiento de la lengua euskara y á la perpetuación de los timbres históricos y de las peculiaridades étnicas de la Euskal Erría, sino en esos de portes físicos propios de un pueblo viril, que hasta en los momentos de ocio, y cuando reposando de sus faenas ordinarias, se dedica á los juegos y regocijos públicos que heredó de sus mayores, necesita derrochar energía, porque le sobra. ¿No veis en esta alianza de las fiestas intelectuales y de los ejercicios físicos algo así como la realización de que el ideal pedagógico de los griegos, según el cual, en la educación humana, debían mezclarse por partes iguales el hierro y el oro, la dulzura y la fuerza, la gimnástica y la música?

Si hemos de ser francos y sinceros, y nuestras palabras han de res-

ponder, no sólo á nuestras convicciones, sino á la verdad que se impone á todos, hemos de confesar, por mucho que ello nos duela, que en la realización de ese ideal pedagógico avanzamos más, mucho más por el camino de los deportes y de los ejercicios físicos que por el dela cultura intelectual. Nuestra literatura privativa es modestísima. Nuestros versos rara vez aparecen iluminados por aquella lumbre interior y misteriosa, característica de la verdadera poesía. Todavía no hemos soltado los andadores, y no acertamos á desprendernos de la influencia que sobre nosotros ejercen autores extraños, no siempre asimilables. Recientemente abandonó este lugar de peregrinación y de transito uno de los vates más genuinamente euskaldunes de que jamás pudo ufanarse la tierra vasca: Arrese y Beitia; y aún de éste dije en cierta ocasión, y repito ahora, que es un gran poeta bíblico, empequeñecido por la retórica, nuestras mismas tradiciones, nuestras mismas consejas vulgares, están en gran parte inexploradas. No se ha procedido al estudio serio y metódico de ellas para deslindar lo que es original é indígena, y lo que es importado. En un rincón agreste de guipúzcoa, amparado por la gigantesca mole de Aralar, he encontrado, no hace mucho, perpetuada original y viva, una variante muy curiosa de la novela de Tofamo, que leemos en Boccaccio, y que se encuentra también, con ligeras modificaciones, en la «Disciplina clericalis» de Pedro Alfonso, y en la «Reprobación del amor mundano» del Arcipreste de Talavera: y que nuevamente transformada penetra hasta en una de las farsas de Moliére.

No digo estas cosas para desatender á nadie, sino al contrario, para excitar la actividad de los jóvenes y proponerles la ejecución de ecos y de muchos otros trabajos, como medio de acrecentar el amor que profesamos d nuestra raza, y de contribuir á que sea cada vez más conocida y ensalzada. Por lo mismo que estamos en los comienzos de nuestra restauración literaria artística y científica conviene llevarla á cabo con noble pasión y entusiasmo, pero con serenidad inquebrantable, sin dar á las fantasías y caprichos de nuestra imaginación un valor que no tiene, ni dejarse llevar de empeños de amor propio que se oponen á la visión de la verdad. En versos de admirable y peregrina hermosura, realmente clásicos y horacianos por la sobriedad exquisita y escultural de la forma, pero animados por un fuego intenso y vivificador que parece como que los calienta por dentro, leía poco hace un llamamiento elocuentísimo, dirigido á la juventudç enamorada del arte por mi excelente amigo don Miguel Costa y Llobera, prez y gloria in-

marcesible de Mallores, que se ufana con justicia de contar con tan insigne poeta. Oigamos sus propias palabras, para que ellas queden así como flotando en el ambiente, y os desquiten con su belleza del mal sabor que os hayan podido dejar las mías, pobres y sencillas, destituidas de todo mérito que no sea el de la sinceridad más absoluta. Los fuertes vienen de los fuertes, dice el ilustre vate á quien traduzco, dirigiéndose á los jóvenes; alzad el emblema de la tradición legítima, que cada pueblo sólo alcanza su estrella siguiendo por su órbita. Sed lo que sois, pero no atizando viejos odios de raza, ni alabando, con enfáticas declamaciones, todo lo que es vuestro, hasta las mismas úlceras. Sed io que sois; pero no os encerreis, sombríos, en unos lares históricos sin horizontes. Volad sobre las tierras extrañas, arriba, como el águila. Ella ama el nido de las rosas maternas, pero arráncase con vigoroso vuelo, y atravesando mil horizontes domina espacios de esplendorosa luz. Por llanuras, por mares. por abismos y montañas, con vista potentísima, no bien divisa la deseada presa, lánzase sobre ella con ímpetu desde la región del rayo. Pero no cambia de esencia el ave indómita, sino antes bien gustando las fibras íntimas de todo lo que cae bajo sus garras, se asimila su potencia, y torna á su nido más ágil cada vez.

«Itz eder oek entzu eta ikasi ditzagun, euskaldun onak izan nai badegu».

He dicho. »

